

muy maltratadas y medio quemadas algunas: las demas las echaron á pique, ó las entregaron á la llama en el ardor del combate. Murieron en él dos mil españoles y franceses y pocos dejaron de estar heridos.»

«Valerosamente se portaron los gefes de la armada inglesa y holandesa, Ormont, Halemundo y Colembergh fueron vistos pelear por su mano en el mas estrecho riesgo. No menos esforzados, aunque menos felices fueron el Sr. de Ciaternó y Velasco. Se gloriaron aquellos que el valor de lo apresado subia á la suma de cuatro millones de pesos; mas de ocho es cierto que perdió el comercio de Cádiz, donde quedaban ocultamente incluidos los mismos enemigos, y así no era todo ageno lo que tomaron y echaron á perder. El rey perdió mas que todos, no solo en no quedarle navío para Indias, y en lo que habia de percibir de las aduanas si se introducian todas las mercaderías, sino porque fué preciso valerse de navíos franceses para el comercio de la América, que fué la ruina de sus intereses y la de los de sus vasallos. Al otro dia de la sangrienta batalla hicieron bajar al mar los enemigos gran número de buzos con poco efecto porque la artillería de la ciudad lo impedia, y volviendo á embarcar su gente, llenando de flámulas y galladartes los árboles, cantaban con flautas y pífanos la victoria. Así dirigieron la proa á sus puertos, dejando llena de tristeza y horror aquella tierra: luego bucearon los españoles y se recobró lo que aún no habia corrompido el agua. De esta desgracia nacieron infinitos pleitos en toda la Europa, porque toda estaba interesada.»

La defensa de los puertos de la Nueva-España se hacia mas difícil porque no habia gente para ello, pues á los pocos individuos que cuidaban de Ulúa y Veracruz se les debieron hasta diez y ocho meses de su haber; por eso los soldados que estaban forzados abandonaban las guardias, y la dotacion de Veracruz y Ulúa que debia pasar de quinientos individuos no llegaba á trescientos, contando los oficiales, y fué preciso enviar de México doscientos soldados de caballería. Siendo tantos, tan continuos y graves los negocios que ocurrieron al ingreso de Felipe V al gobierno y los muchos que se presentaron con motivo de la celebracion de Cortes en Cataluña y Aragon; además, continuado las amenazas de la guerra civil y extranjera, y como los españoles veian mal que los gobernara un extranjero, resolvió el rey por decreto de 1º de Setiembre de 1701, encargar, mientras llegaba la reina, al cardenal Porto-Carrero, arzobispo de Toledo, de toda la administracion dándole amplísimas facultades, pues todo lo que en su nombre se ordenara ó fuera rubricado con su firma debia ser obedecido como si lo mandara el mismo rey, que pasó á dirigir la guerra de Italia dejando en España á la reina, con cuyo motivo dió las disposiciones correspondientes, facultando expresamente al cardenal para reclutar y levantar tropas pudiendo nombrar maestros de campo y sargentos mayores.

En Nápoles expidió Felipe V un decreto el 13 de Mayo señalando la forma que habia de tener el gobierno de sus reinos, cuya ordenanza dispuso la reina fuese publicada en todos los dominios españoles. La reina debia ser asistida por una junta compuesta del cardenal arzobispo de Toledo, ya dos veces gobernador de España; Fray Manuel Arias, electo arzobispo de Sevilla y presidente del Consejo de Castilla; el duque de Montalto, presidente del de Aragon; el marqués de Mancera, del de Italia; el conde de Monterey, presidente en el de Flandes; el duque de Medinaceli, presidente del de Indias y el marqués de Villa-Franca, miembro del de Estado; de acuerdo con la reina debian tratar y votar en todos los negocios y determinar sobre consultas é instancias de par-

tes excepto en lo que tocara á provisiones en lo militar y político, reservadas al rey con algunas otras restricciones, quedando nombrado secretario de la junta D. Manuel de Vadillo y Velasco, que lo era en el consejo de Italia. Con tal paliativo se creyó tranquilizar al pueblo español que ha sido siempre tan celoso de su nacionalidad. Resuelto el cardenal regente á arrojar á España en brazos de Francia, dispuso que el general francés Ducas pasase á las Indias con una escuadra y dos mil hombres que serian ocupados donde conviniere; recibieron orden todos los gobernadores de plazas marítimas de asistir al referido general que recibió el título de capitán general de todas las Armadas y flotas españolas; prohibióse á los franceses tener comercio sino era el precisamente necesario para refrescos y por valor de seiscientos á setecientos pesos; pero la citada escuadra tuvo que regresar prontamente á Europa.

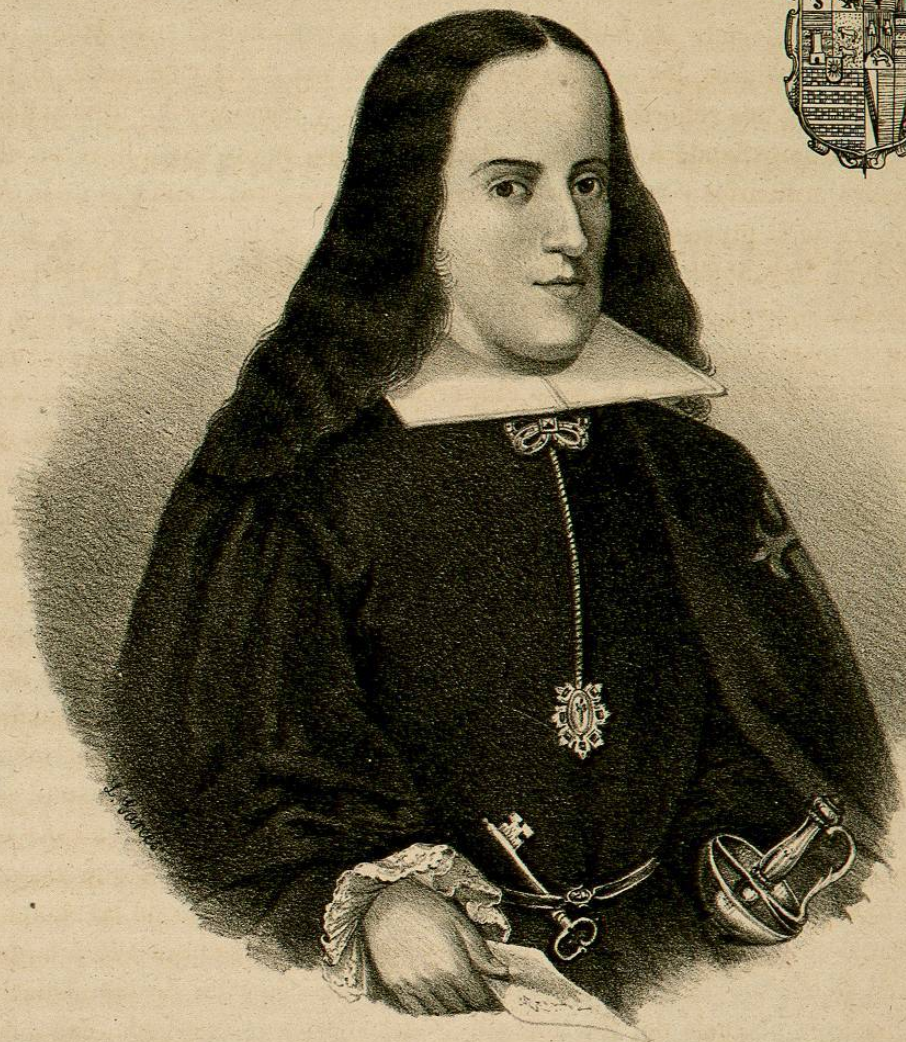
El año de 1702 comenzó en México con la ceremonia de la recepcion del palio del arzobispo-virey, que tuvo lugar el 6 de Enero. Segun un cronista de la época, al amanecer hubo repique en todas las iglesias, y fué cantada la misa mayor á la hora de costumbre, estando el altar mayor muy adornado y en medio de él habia una vela apagada sobre un bordon de plata muy grande, para encenderla al tiempo de la recepcion del palio; los pilares de la iglesia ostentaban colgaduras ricas, el suelo estaba muy bien alfombrado, en toda la crugia habia muchos ramilletes de flores, y en el exterior veíanse arcos desde la grada del cementerio hasta la puerta del Sagrario. «Salió del coro por preste el señor maestre-escuela, Dr. D. José Vidal de Figueroa, y por diáconos los racioneros D. Francisco Jimenez Paniagua y el Dr. D. Diego Franco Velazquez, á la sacristía á aguardar á su Illma., yendo por ella el dean, el corregidor, alcaldes y corregidores, y vinieron acompañándole, y habiéndose apeado del coche en las gradas del cementerio en frente de la puerta que está junto al Sagrario y entrado en dicho cementerio, donde estaba tendida en ala toda la compañía de palacio, le rebolearon la bandera como á virey, y se hizo la salva con los mosquetes: en la puerta referida estaban todos los señores prebendados, y habiendo llegado á ella su Illma., le dió el señor chantre el hisopo, con el cual asperjeó á los circunstantes y luego se entró por la puerta de hierro, llegando con harto trabajo al altar mayor por la multitud de gente que habia, luego subió al presbiterio é hizo oracion, y despues de revestirse cantó la misa asistiendo la Audiencia, los capitulares y la familia del arzobispo.»

«Habiendo consumido el preste, pasó el diácono el misal al lado de la Epístola y luego fué acompañado de dos maestros de ceremonias á la credencia, donde estaba el palio en una fuente sobre un paño de seda blanco, envuelto con las tres espínulas, y la trajo y puso sobre la ara como estaba, y dicha por el preste la oracion y colecta en que mencionó primero á su Illma. y despues al rey, y cantado por el diácono el «Ite misa est» vuelto hácia su Illma. el preste, le pidió la venia y echó la bendicion hácia el lado de la Epístola, y habiendo dicho el último Evangelio se quitó la casulla y manípulo y se fué al lado siniestro de su Illma. á cuyo lado diestro se puso el señor chantre, y en medio del altar el señor dean, que preguntó á su Illma. si tenia letras apostólicas, y habiendo respondido que sí, mandó el señor dean que se leyesen, y lo hizo el secretario del Sr. Ortega, y habiendo acabado de leerlas pasó su Illma. y los dos señores mitrados de sus asientos al altar, donde se sentaron los dos á los lados del señor dean, y su Illma. se hincó é hizo el juramento sobre el libro de los Evangelios; el señor dean sentado, dijo la oracion que dispone el Pontifical, y luego le echó las tres bendiciones al palio y se lo puso á su Illma. con las tres espínulas; la del diamante

delante, la del rubí en el hombro izquierdo en lo doblado del palio que cayó en dicho hombro, y la esmeralda á las espaldas, cogiendo solamente la seda de las cruces y no el palio ni la casulla, despues pasó su Illma. al medio del altar, y vuelto hácia la cruz archiepiscopal, puestos los guantes y sin mitra, publicó el maestro de ceremonias las indulgencias que su Illma. concedia á los presentes, luego dió el arzobispo la bendicion, y acabada entonó el diácono el «Te-Deum laudamus» y se ordenó la procesion en que fueron por delante las hachas de su Illma., la cruz con el subdiácono, luego la clerecía con sobrepellices, los señores capitulares con sus capas y en medio el diácono, acompañado de los dos señores que sirvieron la mitra y báculo, y los tres señores mitrados juntos acompañando á su Illma. debajo del palio, cuyas varas llevaron el corregidor, alcaldes ordinarios y regidores: seguíanse los contadores y señores de la Audiencia; iban fuera de la procesion, á los lados, los soldados de la guardia de S. E. Illma., quien habiendo llegado de vuelta á la grada del altar mayor se paró, cantó la oracion «Pro gratiarum actione,» y acabada subió al medio del altar y se quitó el palio y lo dejó y el señor chantre lo guardó en su caja quitadas las espínulas y puestas en sus acericos: mientras su Illma. recibia el palio el sacristan encendió la vela que estaba en medio del altar en un candelero muy alto, por demostracion y ceremonia de tener ya esta iglesia esposo, y se comenzó un repique general que duró hasta que se acabó la procesion. Su Illma. se fué á su asiento y se desnudó y se vistió el mantelete, muceta y pectoral, y el dean su manteo y salieron todos los señores capitulares acompañando al arzobispo hasta la puerta de junto al Sagrario, y salido al cementerio su Illma., donde estaba esperando la compañía de palacio, le rebolearon la bandera como cuando vino, y el señor dean, corregidor y alcaldes ordinarios fueron acompañándole hasta su casa en la forma que lo habian traido, y el señor dean comió con su Illma.» Salieron á dejar á la Real Audiencia cuatro prebendados, y así terminó aquella ceremonia á la que asistieron personas que pasaron á México desde poblaciones muy distantes.

Otras fiestas tuvieron verificativo el 29 de Enero con motivo de la entrada solemne del Sr. Ortega. Por ese tiempo tuvo lugar en México una ejecucion que hasta entonces no se habia visto: la degradacion de un militar. Un soldado de la compañía de palacio vendió su mosquete en cinco pesos, y juzgado, fué sentenciado á la degradacion, la cual se efectuó de este modo: salió la compañía con cajas destempladas llevando al reo hasta la plazuela del Rastro; allí le despojaron de la espada, daga, coleta y cuerdas, le cortaron la melena y le corrieron á palos. Hecho esto volvieron á templar las cajas y regresó la compañía á palacio.

El día 6 de Octubre llegó á Veracruz el nuevo virey, duque de Alburquerque; el 17 de Noviembre se despidió del gobierno el Sr. Ortega, y el siguiente á las siete y media de la mañana salió para Otumba á recibir á su sucesor, precedido de un guion que llevaba por una parte las armas reales y por otra las del arzobispo; luego iba el Sr. Ortega en un borlon verde con vidriera, solo, vestido de sotana, roquete, mantelete y capa con vueltas de felpa amugada y con el baston de capitán general en la mano. A las cinco del mismo día volvió de Otumba, y el día 27 de Noviembre tomó posesion el nuevo virey. El arzobispo Montañés continuó en México dando lustre á las funciones religiosas y tomó mucho empeño en que se concluyera el santuario de Guadalupe, yendo personalmente por las calles para recoger limosna para la obra que no pudo ver concluida por haber fallecido el 16 de Diciembre de 1708. Está sepultado en la Catedral de México.



*El Excmo. Sr. D. Juan Fer. de la Cueva y Henriquez, Duque de Alburquerque, Marquez de Cuellar, Conde de Ledesma y de Huelma. Virrey Sob. y Capp. Gen. de la nueva España y Pres. de la R. Audiencia de México.*

*Lit. de la V. de Murguía e hijos*

*Juan Fer. de Alburquerque*